

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

La palabra educación

Gracias a todos los medios de comunicación y conocimiento que están a su alcance, los jóvenes y hasta los niños se han hecho capaces de discernimiento y crítica con respecto a la conducta de los adultos. Hallaron las reglas del juego y advierten que son tramposas. Están en la situación del hijo que pierde todo respeto a su padre porque lo ha sorprendido en malos manejos. El joven ve que las acciones contradicen a las palabras ejemplares. En realidad el mundo creado por los adultos tiene desde hace mucho tiempo poca grandeza que ofrecer a los jóvenes, que tratan de tomarlo por asalto. Las posiciones podrían resumirse así: por motivos nobles, a los adultos no les conviene un cambio radical. Y los jóvenes odian las cosas como están.

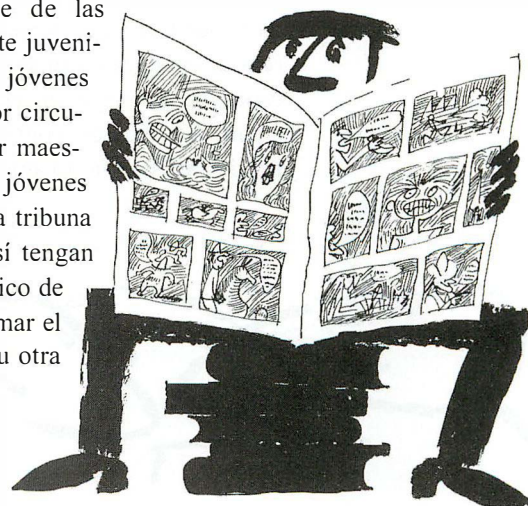
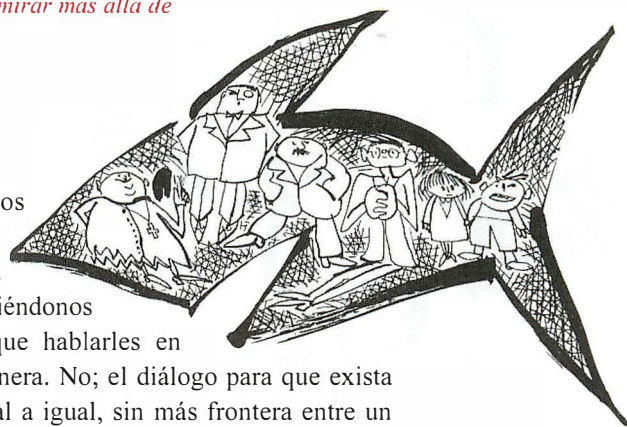
Me han preguntado la semana pasada: “Maestro, ¿por qué no me hace una listita de cuatro o cinco libros?”. Aquí está todo el conocimiento. Empezamos a repasar la enciclopedia y a vestir con títulos de libros. Muchas personas deberían llevar en el traje nombres, autores y cosas de la cultura. Cultura puesta como moda. Hay que añadir el vicio del universalismo de los padres, específicamente de los míos, que toda su vida deploraron que yo no tuviera un título. ¿Podría crearse la carrera de hombre y la carrera de mujer?

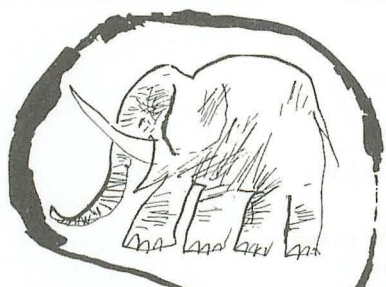
La cultura debe circular en la sangre como los glóbulos rojos. En nuestros días se desdeña el enciclopedismo porque aparte de ser imposible nos obligaría a una cultura superficial: un hombre que sabe un poco de todo. La especialización, el saber más acerca de cada vez menos, también debe ser desterrada. Pero no tenemos que estar en el término medio, sino más hacia la especialización o hacia la universalidad. No hay que olvidar que universidad, en su acepción más pura, es la unión de lo diverso.

No podemos tratar a los niños como niños, ni a los jóvenes diciéndonos que sólo hay que hablarles en determinada manera. No; el diálogo para que exista debe ser de igual a igual, sin más frontera entre un hombre joven y un hombre adulto que aquella que establezca la valía real de la persona adulta, la capacidad que tenga para demostrar su experiencia inmediata y directa.

Nunca una organización política, ni siquiera educativa, puede modificar o hacer progresar a la humanidad en el aspecto que realmente interesa. El hombre es social, pero sólo dentro de los límites de la acción íntima del pensamiento puede mejorar. Yo no quiero responsabilizar de una manera completa a los jóvenes del resultado de la adquisición del saber, pero sí quiero decir de una manera clara y categórica que se puede aprender si se tiene la voluntad libre de adquirir conocimiento. No hay institutos ni maestros ni libros que satisfagan la necesidad de aprender, si en ese hombre no surge tal necesidad en lo más profundo de su espíritu.

He pedido que aparte de las publicaciones estrictamente juveniles haya una página de los jóvenes en los periódicos de mayor circulación, pero no escrita por maestros sino por los mismos jóvenes que puedan compartir una tribuna de carácter nacional, y así tengan sus ideas un medio auténtico de difusión, y empiecen a tomar el lugar que de una manera u otra ocuparán.





Nadie puede dar en un año un curso de literatura universal y nadie puede tampoco seguirlo con provecho. Más que el conocimiento "científico" de la literatura, debe importar el amor y el entusiasmo por sus obras. En vez de memorizar una larga y compleja historia (cuyos periodos sólo estarán vigentes durante los exámenes), el estudiante debe conocer a fondo diez o doce obras fundamentales. El maestro debe proponerse que el joven se acerque a ellas sin respeto y sin desdén. El

maestro debe comunicar su personal deleite de lector, ilustrar el estudio con metáforas, hacer del curso mismo una obra literaria llena de animación y movimiento, de emoción y fantasía.

Yo fui un niño ávido, en primer lugar, de amor, ávido de conocimiento y paisaje. Pero tuve la ventaja que muy pocos hombres tienen: la de no haber leído ni aprendido nada por obligación. Lo que se me enseñó en los pocos años en que estuve en la escuela, o cuando fui un empleado al servicio de un comerciante, o de un banquero, o de un editor, lo olvidé. En cambio recuerdo tantas cosas que aprendí por amor al arte y por el arte de amar las cosas.

El maestro con que queremos acabar es el que se limita a traer objetos como éste: un libro, y sacar de la casa la mercancía de la cultura. Nos hace propaganda de Cervantes y nos puede vender Shakespeare; trae catálogos y muestrarios. El maestro debe ser capaz de propagar en nosotros sintiéndolo. Nadie amará lo que quiere convertir en objeto de amor para los demás, si él no lo ama.

El maestro debe ser simplemente un vaso comunicante y un medio transparente que no enturbie la luz que trata de trans-

mitir. El maestro no debe achaparrar la cultura y el conocimiento a su tamaño personal. Puede ser muy grande si el rayo se abre paso a su través, si por orgullo o por resentimiento no se bloquea como medio lúcido.

El verdadero maestro no es depósito de conocimientos estancados, no es el muro impenetrable y macizo que detiene las aguas en la represa, sino el vertedor en demasías de lo que en su alma es plenitud. Maestro es el hombre henchido que desborda, si no sabiduría, afán de comprender el mundo y hacerse comprensible a los demás.

¿Por qué nos hemos limitado a la educación libresca? ¿Por qué cuando enseñamos historia pecamos de historicistas? Mucha letra, poca conducta digna de seguir. Mucha filosofía, mucha poesía, bella literatura, hermosísimo arte, y sin embargo pocoejemplocotidiano.

Si el aprendizaje ritual no es admisible ni siquiera para las ciencias y las técnicas, la literatura nos ofrece la oportunidad de ensayar un procedimiento nuevo y antiquísimo, que tal vez pueda influir en los métodos generales de la transmisión del saber. Me

refiero a la restauración, a la reanudación del diálogo verdadero entre el que trata de aprender y el que se propone alentar esa voluntad de conocimiento. Aquí es inevitable recordar al maestro callejero, ilustrado por su vida y por su muerte, que hacía crecer sus pensamientos en las mentes ajenas, mediante las provocaciones de una dialéctica sutil. En vez de implantar autoritariamente un conocimiento, le gustaba verlo surgir en su interlocutor, casi espontáneamente, porque él mismo no estaba seguro de la bondad de su semilla que había dejado caer en el surco, sino cuando la veía florecer en bellos y ajenos pensamientos.

Desde la niñez descubrí que había un lenguaje rítmico, aunque mi oído no es musical. Desde antes de aprender a leer, yo me daba cuenta de que las personas hablaban prosa en la vida, pero que de pronto había ese otro lenguaje que me conducía, ya fuera salido de los libros o de los labios de los guitarreros, y me arrullaba como la canción de cuna, que era

melodía. Mi espíritu reposaba en esas formas rítmicas, y las amé profundamente.



La palabra original es una etiqueta, una ficha significativa que menciona un objeto o una acción, pero después viene la maravilla del lenguaje que se va haciendo más impreciso, las palabras se van enriqueciendo de sentido: se va creando una ambigüedad que nace de la contigüidad, a tal grado que toda frase significa más cuando está bien hecha y ordenada, significa mucho más que la suma de los elementos significantes de cada palabra. La poesía y la buena prosa son poéticas cuando reproducen un movimiento interior. Me gusta pensar en el lenguaje como un elemento conductor que transmite altas tensiones espirituales.



La poesía pura sería como un alcaloide completamente soluble en el aire. Sería como el gas, como la gasolina de cien octanos si la hubiera. Se pone una gota y se evapora. Por eso se tiene que rebajar. El

alcohol absoluto de cien grados debe tenerse herméticamente tapado. Si no se suelda el ámpula al retirar ese alcohol del alambique, se va. La mejor poesía que existe es de noventa y seis grados. La absoluta sería de cien, pero en cuanto entra en contacto con el lenguaje, baja. Yo he destilado toneladas de mosto sentimental y cultural para sacar unas leves esencias, quintarlas, hacer quintaesencias.

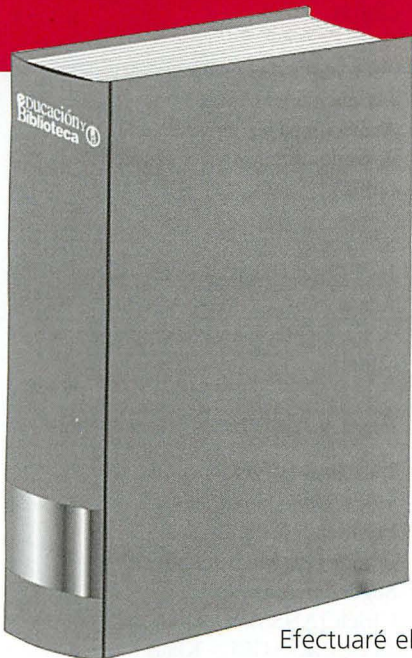


El hombre tiene una nostalgia de la creación; no se conforma con vivir sino que también necesita crear. El artista tiene como fin primario su propia manifestación y como secundario la comunicación atrayente y emotiva. ☒

Juan José Arreola

Texto ordenado y dispuesto para su publicación por Jorge Arturo Ojeda
México D.F.: Secretaría de Educación Pública, 1973
Col. Sepsetentas, 90
Ils. de F.K. Waechter tomadas de: *Handbuch für Lebenskünstler* de Jaroslav Hasek

TAPAS PARA ENCUADERNAR UN AÑO COMPLETO DE EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA



- ☛ Con sistema especial de varillas metálicas que le permite encuadernar a usted mismo y mantener en orden y debidamente protegida su revista.
- ☛ Cada ejemplar puede extraerse del volumen cuando le convenga sin sufrir deterioro.

Copie o recorte este cupón y envíelo a: **EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA**
Príncipe de Vergara, 136- of. 2 - 28002 MADRID
También por fax al 91 411 60 60

Deseo que me envíen: Las TAPAS 8 €

Efectuaré el pago: Contrarreembolso, más 4,20* € gastos de envío Talón adjunto

Nombre Apellidos Tfno.

Domicilio Población

C.P. Provincia

Firma